

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

72. EL ABORTO BIOLÓGICO



S ENTÍ la mano de ella como un pequeño témpano en el hueco de la mía. Proyectándose a través de mi palma y mis dedos, luego de mi brazo, aquel frío me alcanzó el mismo corazón... Palidecí.

Empezamos a correr. Al aproximarnos al castillo, las señales del desastre se hicieron más y más evidentes. Vimos rescoldos de fuegos ya extinguidos, manchas oscuras en el pasto, piedra y mampostería desparramadas en torno como por obra del puntapié de un titán...

—¡Dios mío! —musité, y supe que los dientes se me hincaban en un labio casi insensibilizado.

Parado junto a la torre de Sandor, aquella construcción de metal inoxidable y cemento armado, me estremecí de espanto.

Algo se había abierto paso a través de los resistentes materiales. No me atreví a imaginar la magnitud de la fuerza que debió liberarse en el trance. Todo el castillo de Czetjey se había conmovido hasta los propios, recónditos cimientos.

—¡Verna! ¡Poletti!

Ella y yo, alertados por los gritos, nos volvimos para ver al barón Bathory que se nos acercaba tan rápidamente como se lo permitía su visible debilidad.

Solté la mano de Verna y me precipité a su encuentro. Casi se desplomó en mis brazos, tal era su desfallecimiento. Tenía desordenadas las ropas, la tela de la camisa estaba rasgada y había un corte sangrante en su mejilla derecha. Me miró con ojos despavoridos.

—¡Sandor está muerto! —jadeó—. Y los dos ayudantes... ¡Todos destrozados, hechos... jirones! Es... —inclinó la cabeza, cerrando los ojos.

—Cálmese... —Lo sostuve con toda la firmeza que logré reunir—. Dígame qué pasó. ¿Le parece que podrá hablar?

PERCIBÍ el movimiento del aire al entrar y salir de sus pulmones. Luego de unos instantes, levantó la cara hacia mí. Estaba mortalmente pálido, pero de algún modo había conseguido dominarse. Se limpió la sangre del rostro con el pañuelo que le ofrecí.

—El... experimento —explicó—. Esa... cosa que crearon en el laboratorio secreto. ¡Algo debió salir mal!... ¡Se descontroló! Destrozó el laboratorio entero, y a ellos... los deshizo y después... los *absorbió*.

—¿Vive? —lo sacudí, sin reparar en su crítico estado—. La criatura, digo. ¿Aún está...? Lo sentí relajarse. Meneó la cabeza, con un suspiro.

—Murió también... —repuso—, pero ya había consumado la tragedia... No debieron intentar una cosa como ésa... No está... permitido.

Verna había llegado junto a nosotros. Los labios eran una herida abierta en su faz descolorida.

—¡Qué horrible! —susurró.

—¿Desde cuándo estaba enterado de lo que ocurría en ese laboratorio? —le pregunté con suavidad al barón Bathory—. ¡Sandor me había dicho que usted lo ignoraba todo!

—Lo supe anoche mismo... De repente percibimos algo así como un temblor de tierra...; una expansión de energía que tenía su hipocentro en los sótanos del castillo. Sandor, lívido hasta asustarme, me confesó entonces lo de su experimento secreto. Y me dijo..., me dijo que la situación había escapado a su control. Que no estaba seguro de conseguir dominarla...

”Le exigí que me llevase inmediatamente al lugar del hecho. El se resistió al principio, pero por fin tuvo que acceder. Así conocí el laboratorio oculto, que viene..., que venía a quedar justo debajo de la torre de acero.

—¿Y... qué pasó? ¿Cómo fue que...?

—La... criatura había sufrido unos cambios horribles. Ciertas irradiaciones, según me explicó mi primo, habían obrado de un modo... diferente al esperado. El organismo resultante era algo por completo ajeno a toda la biología conocida. Pero los instintos básicos persistían en el ser, si bien distorsionados hasta la monstruosidad... ¡Era espantoso! Se podía captar el odio bestial de aquello..., como tentáculos ardientes tendidos hacia nosotros... Y de súbito se desencadenaron las furias infernales. ¡Algún misterioso proceso debió haber alcanzado su clímax, y la entidad liberó toda la reserva de salvaje energía que hasta entonces se le obligara a reprimir!

TRAGUÉ saliva.

—¿Era muy... *grande*? Me habían mostrado algo enorme, pero...

—¡Inmenso!... —confirmó el barón, con acento enronquecido—. Y... aterrador también. Una especie de larva gigantesca, como de quince o veinte metros de largo, cubierta de excrecencias, plagada de úlceras purulentas... Y por delante..., lo más horrendo: una espantosa boca, ávida, succionante, viscosa... ¡Dios Todopoderoso! Hacía brotar órganos a voluntad, rapaces seudópodos poblados de ventosas húmedas, garras cortantes, ojos facetados, tentáculos como haces de venenosas fibrillas ondulantes...

”¡Y aquel horror viviente se *movía!*... Con una grotesca, escalofriante contorsión de su cuerpo obscuro, avanzaba inexorable hasta alcanzar el objeto de su avidez, sin que lo detuviese obstáculo alguno, pues todo lo aplastaba su enorme masa palpitante, insensible, letal... —temblando como un niño aterrado, se cubrió el rostro con ambas manos.

”No sé como pude eludirlo... —continuó luego—. Cuando emergí de aquel vértigo de horror que me anulaba los sentidos, me ensordeció el fragor tremebundo de la torre, que se rasgaba a mis espaldas, y vi... ¡vi a esa aberración arrojándose hacia fuera..., *en pos de mí!*

”Creí que el pánico me enloquecía. Sentí que ninguno de mis músculos me obedecería y eso me convenció de que no había forma de escapar.

”Pero entonces ocurrió algo que jamás habría esperado...

(Continúa)

SIGUE: “AÚN QUEDA LO PEOR” : ¡PAVOROSO CLIMAX DEL RELATO DEL BARÓN! ¡LAS PROFUNDAS SIMAS DEL MÁS ESCALOFRIANTE TERROR! ¡Y EL PRINCIPIO DE UNA NUEVA REVELACIÓN..., AÚN MÁS ESPANTOSA Y TREMENDA! ÚLTIMA ADVERTENCIA: ¡NO CONTINÚE LEYENDO ESTE RELATO SI QUIERE EVITARSE FUTURAS PESADILLAS! ¡NO ESTOY BROMEANDO! ¡ESTO VA MUY EN SERIO!...

ALGO SOBRE EL AUTOR

Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "El Secreto", aparecido en la revista "Mundo Uruguayo" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos

policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"El Umbral de las tinieblas" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com